

# secularización y cristianismo

P. Valadier

Una sociedad moderna no puede fácilmente definirse por un único concepto indiscutible. La complejidad que la caracteriza hace difíciles o imposibles las clasificaciones simples bajo las cuales creemos poder encuadrar la realidad social. A pesar de todo, uno de los conceptos que, hasta hace poco, permitía comprender bastante bien los rasgos dominantes de las sociedades modernas era el de **secularización**. Utilizado por numerosos sociólogos, retomado por teólogos, conoció un gran éxito para designar aquella situación social en la que la religión, normalmente la religión cristiana, no tenía o dejaba de tener una influencia directa, dominadora y masiva sobre las instituciones y sobre las costumbres. Muchos se preguntan si este concepto sigue siendo operativo todavía hoy, cuando el proceso de secularización se encuentra en vías de desaparición; la rivalidad entre la teología católica y las ciencias, entre las iglesias y los Estados democráticos, por poner algunos ejemplos, ¿no parece referirse al pasado más que al momento presente? ¿No sería mejor admitir y afirmar que nos encontramos ya en unas sociedades post-secularizadas, es decir, en sociedades en las que las ciencias se desarrollan según su propio ritmo y sin la preocupación de oponerse a los dogmas de la teología, en la que los Estados intentan resolver los problemas de cada día, sin buscar en las iglesias una legalización que ahora alcanzan a través del sufragio universal y sin solicitar una obediencia de tipo religioso? Podemos incluso llegar a decir que nuestras sociedades, en lugar de encontrarse dominadas por una oposición a la religión tradicional, se encuentran más bien atrapadas en un vacío por la ausencia casi completa de referencias trascendentes, no sabiendo sobre qué apoyarse para abordar las cuestiones, cruciales sin duda, que plantea la vida corriente (armamento nuclear, bioética, ecología, distribución del trabajo, etc.).

Hay que tener en cuenta esta objeción: efectivamente, en bastantes aspectos nuestras sociedades se encuentran ya más allá del proceso de secularización.

Pero tampoco conviene dejarse impresionar demasiado por esto. Primeramente porque las situaciones varían mucho de unos países a otros. En la misma Europa, si algunas naciones viven desde hace tiempo afectados por profundos movimientos de secularización, otras apenas han entrado en este proceso. Y sobre todo, en segundo lugar, porque en una misma sociedad no todos los niveles y estratos que la componen avanzan a un mismo ritmo. La secularización puede estar muy avanzada en el ámbito político y muy poco en la vida familiar, donde las iglesias pueden seguir manteniendo una influencia decisiva sobre las costumbres (o inversamente). Y es que sólo cuando nos desembarazamos, como conviene, de una concepción lineal de la historia, en la que unas etapas claramente delimitadas se suceden a otras, estamos en condiciones de captar la complejidad del fenómeno de la secularización. En efecto, se trata nada menos, más allá de las relaciones institucionales entre Iglesia y Estado o entre dogma y saber científico, de la relación entre lo social y lo religioso. ¿Cómo imaginar en todo esto divisiones nítidas y tajantes? Por eso, aceptando las críticas de que es objeto, el concepto de secularización puede tener cierta utilidad, a condición de explicarlo bien y de reconocer sus limitaciones.

## EL FENOMENO DE LA SECULARIZACION

Cuando se habla de secularización, se pretende esencialmente comprender y describir un proceso fundamental, en acción en las sociedades occidentales desde hace varios siglos. Renunciando a señalar fechas, que siempre serían muy discutibles, comenzaríamos diciendo que este proceso se manifiesta en la emancipación del ámbito de lo político, de lo económico, de lo social y cultural, que logra su autonomía respecto a lo religioso cristiano, e incluso contra ello. Mientras que una sociedad no secularizada es un conjunto en el que la religión (o eventualmente otro polo ideológico) ordena, estructura, organiza y determina las distintas instancias sociales, una sociedad secularizada contempla cómo la ciencia y/o el Estado se «liberan» de la influencia religiosa. Esta definición nos hace comprender enseguida que la secularización normalmente se vive como un **conflicto de poderes**. Las iglesias se sienten despojadas de su derecho a vigilar o de su dominio sobre los saberes organizados o sobre la vida política; ven levantarse frente a ellas, y a veces en contra, unos poderes, el del sabio o el de los hombres políticos, que pretenden ejercer su propia autoridad sin solicitar su aprobación. El conflicto no nace necesariamente de una emancipación orgullosa, por una especie de voluntad prometeica o, como se dice frecuentemente con ingenuidad, gracias al paso a la edad adulta de sociedades mantenidas hasta entonces bajo tutela; el conflicto tiene sus raíces profundas en el hecho de que el desarrollo de la técnica y de la ciencia, por ejemplo, hace

tomar conciencia a cada sector (la biología, la mecánica, la psicología) de que obedece a unas normas y a unas **regulaciones específicas**. En este sentido, la secularización coincide con el descubrimiento cada vez más agudo de realidades «seculares», es decir, estructuradas según unos principios que le son propios y que ordenan desde dentro su desarrollo. El fantástico desarrollo de todo tipo de saberes coinciden de hecho en el tiempo con el conocimiento cada vez más exacto de las leyes que organizan lo real en su diversidad.

Si se toman en consideración estos aspectos que caracterizan el proceso de secularización, se capta entonces bastante bien que la religión cristiana puede aparecer a la vez como represiva (cuando se resiste a admitir la emancipación, relativa sin duda, de las áreas sociales), como celosa de su autoridad o posesiva (cuando se constituye en rival de los nuevos poderes), y como extrínseca (cuando negando el respeto de las realidades seculares, desconoce las leyes por las que se rige y pretende dirigir las desde fuera). Todo esto significa, en último término, que la secularización concierne a la misma Iglesia. Y debe llevarla a preguntarse por la verdadera naturaleza de la secularización y por su propio comportamiento: ¿es inevitable el que la secularización parezca dirigirse contra la religión? ¿No puede la religión cristiana aceptar ni comprender desde dentro el proceso de siglos por el que atraviesan nuestras sociedades?

## **LAS FUENTES DE LA SECULARIZACION**

Podría ayudarnos a contestar toles preguntas un análisis más profundo, no de las causas de la secularización, siempre difíciles de delimitar, sino de las fuentes intelectuales de la secularización.

En efecto, en primer lugar podemos distinguir un factor claramente ajeno a la religión, y que a ésta le cuesta aceptar. Está claro que la secularización coincide con el advenimiento, la consolidación y el desarrollo de la **razón instrumental** en nuestras sociedades: esta razón considera lo real como algo manipulable y cuantificable; no como una realidad misteriosa digna de contemplación o de admiración, sino como un objeto analizable, descomponible y utilizable. Esta razón despoja lo real de su misterio y, usando la expresión de M. Weber, desencanta el mundo; domina el mundo sometiéndolo a sus hipótesis, interrogándolo como si se tratara de un conjunto de leyes capaces, o no, de responder a unas expectativas, descomponiéndolo a recomponiéndolo (tarea propia de las ciencias naturales). Tales procedimientos se muestran pertinentes en la medida en que resultan eficaces; y en este sentido la razón experimental triunfa. La ciencia moderna da lugar a un desarrollo extraordinario de la técnica

y permite un dominio cada vez mayor de la realidad. En esta perspectiva, se entiende aquello que se experimenta, y se experimenta lo que se ha «construido», bien en el laboratorio, o bien aislando algunos elementos de la realidad. Lejos de ser un misterio insondable, lo real se identifica con lo que se puede someter a prueba. Aquí radica la fuerza conquistadora y seductora de esta razón instrumental sobre los espíritus: en que es eficaz.

Bajo este prisma se comprende que razón experimental y fe cristiana puedan parecer más rivales que aliadas (¿cuál es la «eficacia» de la fe?). Y si la secularización encuentra una de sus fuentes en esta razón técnica, no hay que olvidar que tal razón no nació por generación espontánea, sino como consecuencia de un largo esfuerzo cultural nacido del **entrecruzamiento del logos griego y la fe judeo-cristiana**. Por otro lado se constata «a contrario» que, en las culturas que no han sido impregnadas por esta doble herencia, la razón técnica encuentra bastante dificultad para imponerse o lo hace al precio de considerables violencias sociales. ¿Cómo hubiese podido llegar el hombre a aplicar el cálculo (la idea) a los fenómenos sensibles sin la aportación griega de un orden cósmico, reglamentado y, por consiguiente, descifrable por la razón humana?

Pero esta misma idea no hubiese podido seguir siendo objeto de contemplación desinteresada y desembocar en unas ciencias matemáticas muy avanzadas sin la aportación de otra tradición: la fe, primero judía y luego cristiana, que desarrolla un poder anti-idolátrico considerable desmitificando tanto la naturaleza como la historia. Dios crea el universo y suscita un pueblo con su Palabra, pero Dios no se confunde ni con la naturaleza, ni con la ciudad. Al proclamar que su Reino no es de este mundo y que la obediencia legítima al César no se confunde con el culto que se ha de dar sólo a Dios, Jesús radicaliza la crítica anti-idolátrica y hace posible una distinción de campos hasta entonces inaudita: en adelante la naturaleza es tan lugar de lo divino como puede serlo lo político o lo social, si bien todas estas realidades están concernidas por la Palabra de Dios. ¿Cómo no ver en este mensaje una de las condiciones de posibilidad espiritual e intelectual de la separación y de la emancipación de ciertos dominios, que es precisamente lo que constituye, como hemos visto, la secularización? Lo sensible, despojado de su halo sagrado, estará abierto en adelante al conocimiento humano. Desde este momento, las iglesias caerían en un gran contrasentido histórico si se hubiesen limitado a considerarse testigos pasivos de la secularización en la mejor de las hipótesis, o víctimas de la misma en el peor de los casos. Ellas deben reconocer que el mensaje cristiano, en la medida en que fecunda a otras tradiciones filosóficas y es fecundado por ellas, ha contribuido al advenimiento de sociedades donde la fusión

de ámbitos se considera perniciosa (teocratismo), pero donde una justa separación de atribuciones se juzga como la traducción social y política del respeto de lo real en su diversidad. Por otra parte, aunque el proceso de secularización no se haya llevado a cabo sin fuertes resistencias por parte de las iglesias, es importante reconocer que este movimiento no les es en modo alguno extraño, sin negar por ello lo que puede haber en él de equívoco y hasta de temible, tanto para las religiones como para las sociedades.

## EFFECTOS CONTRASTADOS DE LA SECULARIZACION

Como todos los fenómenos históricos de gran alcance, éste que analizamos no permite una aprobación o una condenación simplista. Complejo en sus orígenes, como acabamos de ver, lo es también forzosamente en sus efectos. Es importante tomar conciencia de la dificultad, e incluso de la imposibilidad, de emitir un juicio definitivo.

Ante todo hay que admitir que la secularización **no es un fenómeno transitorio**. Se ha desarrollado a través de una larga historia, ha afectado de una manera desigual a las distintas esferas de la vida social y probablemente no ha producido aún todos sus efectos. La secularización no es el producto de una revuelta pasajera de la humanidad, un capricho provocado por una cabezonada sin ningún futuro. Por razones objetivas se trata de un fenómeno duradero, indisolublemente unido al desarrollo de la razón instrumental. Implica, por consiguiente, una nueva relación del hombre con el mundo y consigo mismo que, sin excluir otras relaciones (estéticas por ejemplo), provoca un cambio de perspectiva y una apropiación del mundo por parte de la técnica. No parece que esta relación esté llamada a desaparecer mientras la razón instrumental continúe dominando los espíritus, como lo hace en la actualidad, y no por imposición imperialista, sino gracias a su eficacia probada.

Hay además que añadir que esta relación instrumental tan duradera implica **una ética**: privilegia los valores del cálculo, la experimentación, la utilidad, y minusvalora, la gratuidad, la contemplación, el don. Lo observamos cada vez que los científicos parecen admitir que ciertos «progresos» técnicos, en el ámbito de la genética por ejemplo, no deben plantear problemas morales puesto que son útiles y sencillamente posibles; lo posible y lo factible se convierten en los valores éticos cardinales. ¿Quién no percibe que al mismo tiempo el desarrollo de esta ética impide la referencia a cualquier polo ideológico unificador que pretenda regir la totalidad de lo real? Esta desvalorización conduce como contrapartida a tomar en serio la diversidad de ámbitos, en todos los cuales aparecen posibilidades de transformación según distintas modalidades. Ahora bien,

dichos ámbitos sólo aparecen en la medida en que se respetan las leyes propias de cada uno.

Si hay razones para pensar que los efectos de la secularización serán duraderos, tampoco debemos olvidar que algunos de ellos son **benéficos**. Determinados creyentes son tanto menos proclives a reconocerlo así, cuanto mayor nostalgia conservan de un universo social, por así decirlo, totalmente controlado por las iglesias y en el que la religión era referencia obligada. De hecho, la emancipación de lo religioso ha permitido un desarrollo inmenso del saber y de la técnica, dado que la razón científica ha podido entonces desplegarse según sus propias leyes. Ahora bien, ¿quién se atrevería a negar que gracias a este proceso las condiciones individuales y colectivas de la existencia humana han cambiado profundamente? Piénsese en el aumento de la duración media de la vida, en la mejora de la higiene y de la salud, en la desaparición en nuestros países del hambre y de las epidemias, en el aumento del confort de la vida, en las posibilidades sin precedentes de las comunicaciones (ferrocarril, aviación, televisión...), sin mencionar las legislaciones orientadas a prevenir las terribles consecuencias de un accidente, de una enfermedad o de la vejez, y sin aludir tampoco a la ampliación de los años de instrucción. También hay que atribuir parcialmente al control de la razón experimental el desarrollo y la consolidación de la democracia: aprender a discutir, a intercambiar argumentos, a comprobar la validez de nuestras afirmaciones, a entablar debates contradictorios sabiendo que no llegamos a la verdad por deducción y que, tratándose de problemas sociales, nadie detenta la verdad con certeza: he ahí algunos elementos que están indisolublemente unidos al uso de la razón instrumental. Que se examine lo que acontece en los regímenes teocráticos o leninistas de una sociedad secularizada, y se verá cómo la democracia muere al mismo tiempo que el progreso en los conocimientos y en el bienestar.

Desde luego no podemos estar ciegos. Durante mucho tiempo la secularización ha ido unida a una ideología científicista ingenuamente optimista: tras el oscurantismo de la religión tuvo que venir la época de la Ilustración (de la razón científica). Con el paso del tiempo se ha visto que las cosas no son tan simples y que, efectivamente, la secularización no constituye siempre y en todos sus aspectos un progreso cualitativo de la humanidad. **Sus efectos son ambiguos**. Hay que reconocer, por ejemplo, que la ideología científicista, al considerar la humanidad occidental como la cumbre de la evolución y al admitir sin más que religión y mitos pertenecen a la infancia de la humanidad, ha conducido al desprecio de las otras civilizaciones. El colonialismo, que es un producto indirecto del proceso que estamos examinando, ha generado la conmoción, y hasta la destrucción pura y simple, de zonas enteras de civilización, bajo el pretexto de

que los pueblos «bárbaros» accedieran a la ilustración del mundo moderno. Pero este conflicto no es sólo un problema del pasado.

Porque también en nuestra propia civilización ha tenido lugar esta descomposición de las grandes referencias simbólicas religiosas de donde toman los hombres el sentido del mundo, de su vida y de su historia común. No se puede negar que la secularización ha erosionado el polo de referencia religioso desvalorizándolo. Considerada como infantil, absurda o enemiga de la libertad, la religión cristiana ha sufrido ataques formidables (con variantes según los países). La razón instrumental, al margen incluso de los ataques ideológicos organizados, tiende a arruinar la referencia religiosa, que es considerada ineficaz, no pertinente y probablemente hasta nociva. Todo esto llega, pues, a conmocionar las referencias simbólicas en las que los individuos alcanzan el sentido de su identidad (afectividad, autoridad, lazos familiares). No hay, por tanto, que extrañarse si la secularización, aun provocando un aumento del individualismo, significa también pérdida de identidad de los individuos, angustia, frustración afectiva, búsqueda de refugios como la droga, el erotismo o el consumismo. En este sentido la liberación anunciada por las ideologías seculares es constatable quizás en el plano del confort material, pero exige pagar un precio muy alto en el terreno moral y espiritual.

Tampoco debe olvidarse que la conmoción, e incluso pérdida, de las justificaciones ideológicas trascendentes (por ejemplo, la idea de que toda autoridad procede de Dios) ha tenido unas consecuencias terribles en el plano político. La secularización, obligando a los poderes políticos a justificarse ante la razón calculadora («¿Quién te ha constituido en rey?»), debilita los distintos tipos de autoridad, tanto familiares como políticos o religiosos. En lugar de desembocar casi automáticamente en una suavización de las mismas, o hasta en su desaparición, como esperaba la ideología secular, hemos asistido más bien a un fenómeno inverso. Debilitadas, estas autoridades tienen frecuentemente tendencia a endurecerse o a imponerse con tanta más violencia cuanto más contestadas se sienten. No por azar ha sido precisamente en las sociedades en vías de secularización donde se han desarrollado fenómenos políticos tan aberrantes como las dictaduras fascistas, o incluso los totalitarismos nazis o leninistas. Desde esta perspectiva se descubre que si la secularización es la que pone las condiciones de posibilidad de la democracia, ella misma puede también arruinar sus bases si lleva su lógica hasta el final y no se encuentra contrapesada por la presencia viva de un polo de referencia religioso.

## **SECULARIZACION Y VIDA RELIGIOSA**

Por todo ello debemos volver, antes de terminar, al status de la religión en una sociedad secularizada. El análisis que hemos hecho muestra, en primer

lugar, que el creyente no tiene que temer a un fenómeno al que el cristianismo ha contribuido y al que puede comprender y apoyar desde dentro. Tampoco tiene que dejarse impresionar por una especie de terrorismo intelectual: si el proceso de secularización tiene algunos efectos favorables, también es portador de graves amenazas que afectan a lo esencial de la humanidad. ¿Quién no ve, por ejemplo, que, si no queremos ir a una catástrofe, los valores del cálculo y de la utilidad no pueden tenerse como últimos e indiscutibles? Es aquí donde la fe cristiana tiene la obligación de entrar en debate con tales valores, no para negarlos sin más, sino para relativizarlos en relación con otros no menos esenciales (el valor de la persona humana, por ejemplo). Entrar en este debate y participar en él sin nostalgias, se impone a los cristianos si quieren evitar el que una sociedad secularizada degenera en una sociedad materialista, hedonista, egocéntrica, donde terminen por reinar la desesperanza y el hastío. Precisamente porque la secularización es un fenómeno bueno y ambiguo a la vez, la religión no se encuentra sólo en posición de acusada; tiene también que cuestionar un movimiento que, si únicamente se rigiese por propias leyes, engendraría una sociedad insoportable y hasta totalitaria.

Además, si la secularización socava la religión, arruinando los grandes cimientos simbólicos sobre los que se apoya (minimización de lo «imaginario», prioridad a lo manipulable, crítica de las fuentes religiosas...), no llega, sin embargo, a eliminarla. Más bien estamos asistiendo en nuestros días a ciertas revanchas de lo irracional que se producen bajo el impulso mismo de la razón técnica. Quizás las grandes manifestaciones nazis o los movimientos totalitarios no fueron sino estallidos de lo irracional so capa de exaltación fanática. Y hoy estamos constatando la moda casi sin precedentes del ocultismo, del esoterismo, de la magia; lo cual no sólo ocurre en espíritus retrasados o desconcertados por la secularización, sino entre los mismos hombres de ciencia. En efecto, parece como si la secularización ocupase una parte de la existencia (la vida económica, los negocios, el conocimiento), pero no consiguiese satisfacer las cuestiones más personales (salud, futuro de los hijos, aventuras amorosas, el más allá...). Se diría incluso que la secularización exige, o al menos permite, el mantenimiento de lo irracional degradado, como si éste estuviese obligado a mimar la cientificidad para poder ser aceptado. Así la astrología se presenta con la pretensión de estar basada en cálculos muy serios. Y el ritualismo, eliminado de la vida ordinaria y sustituido por relaciones sociales fundadas en la utilidad, reaparece en las sectas y con otros grupúsculos más o menos fanatizados. Todo esto pone de manifiesto que cuanto más desarrolla la secularización sus efectos, más intensamente vuelve lo religioso, en forma más salvaje y arcaica, sacralizando de repente lo político, la vida privada y las creencias más fantásticas. Este hecho debe ser de una gran importancia para los creyentes:

muestra, en contra de todo esquema simplista, que no se puede decir que cuanto más se impone la razón, tanto más la naturaleza es dominada por el hombre y tiende a extinguirse lo sagrado. Más bien habría que decir que lo sagrado, abandonado a sí mismo por desconocido, retorna en forma aberrante y coexiste perfectamente con la secularización.

Esto indica que las iglesias tienen una tarea que sigue siendo esencial en una sociedad secularizada. Lejos de aislarse del mundo, deben permanecer activas en él, pero para recordar, con su presencia, con sus enseñanzas, con su vida sacramental y comunitaria, que el hombre no vive solamente de pan, sino de Aquel que le da absolutamente todo uniéndosele en lo más íntimo. Ciertamente, la secularización impone a las iglesias la renuncia a un tipo de presencia dominadora, magisterial o paternalista (la Iglesia «materna»); ciertamente también, la secularización interfiere en la misma manera de entender y de vivir la relación con Dios, con su Mesías, con las Escrituras. En este sentido la secularización afecta a las mismas iglesias, y, sin duda, éstas aún no han terminado de medir el alcance de transformaciones tan necesarias. Pero sobre todo es un modo nuevo de presencia lo que se impone: en lugar de presentar la religión (y a Dios) como una referencia obligada o necesaria, las iglesias pueden estar seguras de que no son infieles al Evangelio y de que tampoco están en contradicción con la secularización, en lo que ésta tiene de más positivo, cuando presentan su mensaje como una propuesta de fe hecha **a la libertad del hombre**. Dios no se impone como el fundamento fuera del cual todo se derrumba: se ofrece como Jesús se ofrece en la Cruz. Y ofreciéndose, se deja descubrir como algo tan necesario como el agua, el sol, la vida o el amor. No se presenta, pues, como un rival de la razón calculadora, sino como Aquel que la salva de sus sortilegios y la sitúa en su verdad relativa.

Esta perspectiva puede definir un estilo de presencia de los creyentes en una sociedad secularizada. Desde luego, esta presencia no será sencilla, porque las realidades sociales nunca son unívocas ni fáciles de tratar. Si la secularización nos enseña algo, ese algo es que toda realidad es susceptible de una pluralidad de apreciaciones, de enfoques, de análisis, y que ninguno de ellos es suficiente por sí mismo: por consiguiente, la pluralidad de puntos de vista resulta indispensable. El creyente no debería temer a la idea de que nunca habrá terminado ni de comprender al mundo ni de anunciar la fe. Estamos ante una tarea permanente que nos introduce tanto en el misterio del hombre dentro de un mundo infinitamente complejo, como en el misterio de Dios al que continuamente tenemos que descubrir y esperar.

**Paul Valadier**

# *misión abierta*

## **¿PARA QUE?**

- Para estar al día
- Para contribuir activamente a la gestación del hombre nuevo
- Para sintonizar con la reflexión viva y libre de los creyentes
- Para abrirse a perspectivas de colaboración sin etiquetas
- Para sentirse unido a todos los grupos que buscan

## **¿POR QUE?**

- Porque tenemos derecho a la esperanza
- Porque estamos abiertos a la revolución del Espíritu
- Porque creer no significa ser conservador
- Porque luchamos por la Causa de Jesús
- Porque creemos en una Iglesia diferente

## **¿PARA QUIEN?**

- Para los que luchan por la Causa de los Pobres, de la Paz, del Hombre
- Para los grupos, comunidades y colectivos en búsqueda
- Para los interesados por una Iglesia comprometida y liberadora
- Para quienes tienen una mentalidad crítica

Ejemplar suelto: 450 ptas.

Suscripción anual: 1.800 ptas.

Fernández de los Ríos, 2-3.º izqda.

28015 MADRID